



## Capítulo 623: Madre e hija confundidas.

Las criaturas se arrastraban por las paredes, brotaban del suelo, caían del techo... cada una reflejaba el caos que bullía en su interior. Cuanto más se enredaba la mente de Sapphire en una espiral de rabia, dolor y tristeza, más respondía el Abismo, retorciéndose como si estuviera hecho de su propia alma.

Y se hacían más fuertes.

Más grotescos.

Más voraces.

Cada demonio tenía demasiados dientes, demasiados ojos, demasiada energía, como si la propia oscuridad intentara igualar el nivel de poder que desbordaba del cuerpo de Sapphire.

Su sangre se evaporó en el aire caliente y metálico.

Sus alas palpitaban.

Su corazón latía como un trueno contenido.

Y la rabia... la rabia era un sol ardiente constante detrás de sus ojos.





Pero, más que nada, era el dolor lo que hacía que su poder se disparara sin control.

Sapphire intentó cerrar su mente, intentó perderse en la carnicería, pero... fue inútil. Las palabras de Katharina llegaban como cuchilladas repetidas:

«No quiero una madre así».

Se le hizo un nudo en la garganta.

«Ridículo». Intentó reír, pero solo le salió un sonido áspero y amargo.

«Ridículo que me importe esto».

Golpeó a un demonio en la cara. La criatura explotó en un círculo de esencia negra.



Pero las palabras volvieron.

«No quiero una madre así».

Una grieta recorrió los huesos de Sapphire.

Sus venas brillaban con un rojo intenso, como brasas estallando en su interior.

Eso era lo que la estaba destruyendo por dentro, no la frase en sí, sino el hecho de que la hubiera dicho Katharina. Su hija. Su pequeña llama. Su heredera.



Todo... por una maldita frase que Sapphire había dejado escapar mientras estaba borracha.

Golpeó el suelo con tal fuerza que toda la capa del Abismo se agrietó en círculos, como cristal rompiéndose. «¡ES UNA BROMA!», gritó contra las hordas que avanzaban.

«¡SOLO ESTABA BROMÉANDO! ¡EBRIA! ¡SOLO ERA UNA MALDITA BROMA!».

Los monstruos retrocedieron instintivamente: su poder se estaba volviendo demasiado intenso, demasiado brillante, demasiado peligroso incluso para ellos.

La temperatura aumentó.

El aire se derritió alrededor de sus manos.

El Abismo palparon.

Y Sapphire no podía dejar de pensar:

¿Qué he hecho...? ¿Cómo he podido hacer esto...? ¿Por qué es tan importante...? ¿Cuándo... cuándo me volví tan... tan frágil?

Se mordió el labio hasta sangrar. Y esa sangre, al tocar el suelo, provocó una explosión de energía blanca y roja que se extendió como una ola abrumadora.





Toda la horda cayó de rodillas.

Su fuerza crecía tan rápido que incluso el Abismo, un lugar conocido por devorar dioses, comenzaba a inclinarse a su alrededor.

Sapphire levantó lentamente la cabeza.

Sus pupilas eran tan finas como las de un depredador.

«Tú...», susurró, llena de profundo odio y ahogada en la tristeza.

«... eres lo único que puedo destruir hoy».

Los demonios avanzaron. Y Sapphire avanzó más rápido. Fue una masacre.

Pero nada, absolutamente nada,

podía calmar el vacío que dejaba una sola frase.

Una frase que no debería importar.

Una frase que no debería doler.

Una frase que no debería romperla.

Pero lo hizo.





Porque Sapphire, al final, a pesar de todo...

...era una madre.

Y su corazón estaba destrozado.

Sapphire estaba en pleno salto.

Cuchillas de llamas carmesí se formaron a su alrededor, listas para cortar por la mitad a un antiguo demonio, cuando algo explotó en su mente, tan fuerte que se sintió como un latigazo de memoria forzada. Una voz.

La voz que más temía recordar.

«¡No quiero una madre así!».

Sapphire se quedó paralizada en el aire.

La criatura se abalanzó sobre ella, pero su poder explotó instintivamente, lanzándola lejos, sin que ella se diera cuenta.

El eco continuó, cruel, repitiéndose como un hechizo de tortura.

«No quiero una madre así...».

Su pecho se hundió.

Y entonces llegó la imagen, demasiado clara, demasiado vívida.





El momento de la discusión.

El olor a alcohol en el aire.

Su rostro sonrojado.

Y Katharina... confundida, incómoda... herida.

El propio Abismo se movía a su alrededor, las sombras se desplazaban como proyectores que arrancaban recuerdos del alma de Sapphire y los escupían delante de ella.

Sapphire se reía, medio desplomada en la cama, completamente borracha tras una noche de «relajación» bebiendo Sangre Primordial de las reservas privadas de Sepphirothy.

Katharina había ido a hablar con ella. Solo a hablar. Después de la vergüenza que había sufrido delante de su propio marido y sus «amigas que comparten marido».

Y entonces... Sapphire soltó eso... sobre Oyakodon... Sí, todo esto fue porque... Sapphire sugirió algo sobre tener sexo con su hija y su marido al mismo tiempo.

Katharina se quedó paralizada, mirándola como si Sapphire acabara de decir la cosa más absurda del universo.

—Mamá... ¿Qué quieres decir con... Oyakodon? —preguntó Katharina, ya pálida.





Sapphire, riendo: —Ah, ya sabes... compartir experiencias. Mi mundo, mis intimidades, mis... fantasías...

Hizo un gesto con la mano, sin filtrar nada. —Incluso compartiría eso contigo. Así de mucho te quiero. Somos madre e hija, ¿no?

Katharina sintió que el suelo se le escapaba bajo los pies.

—Eso... eso está mal, mamá. —Su voz temblaba—. ¡Es vergonzoso! ¡Es extraño! ¿Por qué me dices eso?

Sapphire se serió al instante, pero ya era demasiado tarde. —Katharina, yo no... Lo que quería decir era...

«¡No! ¡No digas nada más!». La chica retrocedió, con las llamas de sus manos temblando. «¡No quiero una madre así!».

Y salió corriendo.

El eco de esa frase golpeó el cuerpo de Sapphire como una lanza.

Cayó de rodillas.

Las llamas a su alrededor vacilaron, no porque fueran débiles, sino porque eran demasiado fuertes, estaban fuera de control.

Todo el Abismo se retorció.





Los demonios rugieron, retrocediendo, sintiendo algo peor que el poder: la emoción.

Sapphire se apretó la cabeza con las manos, la sangre corriéndole por la cara, mezclada con la suciedad y el polvo del Abismo.

«Yo... solo quería decir que... que ella lo era todo para mí...». Su voz era un hilo roto. «Es solo que... exagero. Amo demasiado. Protejo demasiado. Siento demasiado».

El suelo tembló. «Odio esta mierda». Habló y pensó para sí misma durante un momento.

Antes de conocer a Vergil... Ella y Katharina tenían una increíble relación madre-hija, hasta el punto de bañarse juntas, salir a comer, hacer cosas embarazosas juntas... Por supuesto, era dura, siempre lo había sido. Pero con su hija estaba tranquila y disfrutaba pasando tiempo con ella.



Era una madre posesiva. Muy posesiva. Pero a Katharina le gustaba eso... ¿Verdad?

Las paredes vivientes del Abismo se cerraron aún más.

«¿Cuándo me convertí en este tipo de persona?». Se rió amargamente, casi histéricamente.

«¿Ese tipo de madre que ignoraba a su hija para tener una aventura con su marido?».





Sapphire murmuró entonces... «Pero un Oyakodon resolvería eso... ¿no? ...» hasta que los demonios dejaron de atacarla. Y la miraron con seriedad.

«¿Eh? ¿Qué? Seguid muriendo, necesito liberar algo de estrés», dijo, mirándolos....

El sol brillaba con fuerza y pereza, bañando la playa de oro como si el día intentara abrazar a quienquiera que estuviera allí.

Las olas iban y venían con un ritmo lento, casi hipnótico.

Y en medio de esa tranquilidad absurda, tan lejos de los demonios, de los reinos infernales, de las responsabilidades, estaba Katharina.



Tumbada en una silla de playa, con la piel dorada por los últimos días al sol, llevaba un bikini rojo que resaltaba cada curva fuerte y elegante de su cuerpo. No era provocación. Era libertad. Era... aliento.

Su cabello caía sobre sus hombros, brillando como llamas recién nacidas.

Parecía relajada.

Parecía.

Pero su mirada lo delataba todo.



Katharina entrecerró los ojos ante el resplandor del mar y suspiró profundamente, como si intentara alejar los pensamientos molestos, pero estos siempre volvían.

«¿Por qué nos peleamos así?», murmuró para sí misma.

La brisa marina le acarició el rostro, suavemente, como una caricia que intentaba consolarla.

Cerró los ojos.

Y, por supuesto, le vino el recuerdo.

Su madre.

Sapphire.

La forma en que miraba a Katharina, como si el mundo fuera demasiado pequeño para contener tanto amor.

La forma en que hablaba demasiado cuando bebía.

La forma en que la sobreprotegía, la asfixiaba demasiado, se preocupaba demasiado.

Y la forma en que aquella noche las había... destrozado a ambas.

Katharina se movió incómoda en su silla.





«¿De verdad... pensaba que eso estaba bien?».

Su rostro se contorsionó. «¿Como si fuera solo un juego...?».

Eso fue lo que más le dolió.

Sapphire no se dio cuenta de cuándo cruzó la línea.

No entendió cuándo hizo daño.

Amaba con demasiada intensidad y esperaba que su hija lo absorbiera todo, sin perderse en el proceso.

Katharina se frotó la cara.

«Solo quería que ella... fuera mi madre. Eso es todo. Sin exageraciones. Sin dramas. Sin... esas cosas».

Pero su corazón ardía de nostalgia.

Porque, a pesar de todo...

A pesar de la vergüenza...

A pesar de la ira...





A pesar de la conmoción...

Sapphire era su madre.

La llama que la había alimentado.

La mujer que siempre había estado a su lado.

La persona que se enfrentaría al infierno por ella, literalmente.

Y saber que su madre, en lo profundo del Abismo, probablemente se estaba castigando a sí misma por esa pelea... hacía que Katharina se sintiera como un nudo andante.

«... eres tan idiota, mamá...», susurró, abriendo los ojos al cielo azul perfecto.

«Y yo también. Supongo».

El mar reflejaba la luz del sol en su rostro y, por un segundo, el destello parecía casi... como una lágrima que no dejaba caer.

Katharina respiró hondo, tratando de relajar los hombros.

Quería odiar a su madre.

De verdad.

Pero no podía.





Lo máximo que podía hacer era... escapar. Respirar. Pensar. Organizar sus sentimientos.

El mar lamía sus pies.

E, irónicamente, eso hizo que su mente volviera al único lugar del que estaba tratando de escapar.

«Mamá... ¿dónde estás ahora...?» murmuró... «Maldita sea, ¿por qué tengo Oyakodon en mi mente? Qué tontería». Dijo y se dio la vuelta, apuntando su espalda al cielo para broncearse. «A la mierda, esperaré a que mi marido venga a recogerme».

Sí, sé que esto es extremadamente tonto, pero estoy pasando por un bloqueo creativo para empezar el torneo, esperad un poco y volveremos pronto.

